

## § 46

## El hecho de la realidad trinitaria de Dios en la de la Iglesia primitiva

1. Los documentos más antiguos del Cristianismo postbíblico demuestran que la fe en la Trinidad era uno de los elementos esenciales y claramente percibidos de la conciencia de fe cristiana, ejerciendo una influencia decisiva sobre la existencia de los cristianos. Los testimonios en favor de la fe en la Trinidad van frecuentemente juntos con tentativas teológicas destinadas a explicar el sentido de la fe trinitaria.

a) Absolutamente claro, aunque no esté todavía totalmente desarrollado, es el *testimonio de los Padres apostólicos*. En la *Didaché* (a últimos del siglo I y comienzos del II) se ordena que el bautismo ha de ser administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (cap. 7; BKV, 10). San Clemente de Roma escribe a últimos del siglo I lo siguiente: «¿No tenemos un Dios y un Cristo y un Espíritu Santo que ha sido derramado ante nosotros?» (1 Carta 46, 6; véase 58, 2; BKV, 56). Cristo es el mediador, el cetro de la majestad de Dios, el Señor. San Ignacio de Antioquía escribe lo siguiente a los habitantes de Magnesia, durante el viaje que desde Antioquía le conduce a la muerte en Roma (cap. 13): «Esforzaos por permanecer firmes en las enseñanzas del Señor y de los Apóstoles, para que en todo lo que hagáis acertéis con lo conveniente para la carne y el espíritu, por medio de la fe y del amor, en el Hijo y en el Padre y en el Espíto, junto con vuestro venerable obispo y la preciosa corona espiritual de vuestro Presbiterio y de vuestros santos diáconos. Someteos a vuestro obispo y los unos a los otros, como Cristo a su Padre, según la carne, y los Apóstoles a Jesús y a su Padre y al Espíritu, para que haya unidad según la carne y el espíritu» (BKV, 130). A los habitantes de Éfeso les escribe (9, 1; BKV, 120 y sigs.): «Me he enterado de que algunos han tenido que marcharse de aquí porque tenían una doctrina mala. Vosotros no habéis permitido que esparciesen su semilla, cerrando vuestros oídos para no recibir la semilla esparcida por ellos, como piedras de construcción para el templo del Padre, preparado para el edificio de Dios Padre, elevado por el montacargas de Jesucristo, o sea, la Cruz, mientras que el Espíritu Santo os ha servido de sogá.»

b) Los Apologistas trataron de explicar la fe en la Trinidad por medio de la filosofía pagana. Aunque a veces incurrieran en errores, su testimonio de la realidad de Trinidad divina no sufre por eso detrimento. Refiriéndose a la fe en la Trinidad rechazan especialmente los reproches de los paganos que acusaban a los cristianos de ser ateístas. Atenágoras (siglo II; *Petición en favor de los cristianos*, 10) declara lo siguiente: «Ya dejé demostrado que no somos ateístas. Porque es nuestro Dios aquel ser increado y eterno, invisible, incomprensible, inconcebible, a quien sólo el entendimiento y la razón pueden conocer, rodeado en grado inefable de

luz y hermosura, de espíritu y fuerza, y por quien ha sido creado, ordenado y es rodeado el Universo, por medio de su palabra. Pero sabemos que existe también un Hijo de Dios. No se considere como cosa ridícula el creer que Dios tiene un Hijo. Nuestras ideas sobre el Dios Padre y el Hijo se distinguen de las ideas de los mitos de los poetas, cuyos dioses no son mejores que hombres; el Hijo de Dios es la Palabra (Logos) del Padre, considerada como pensamiento arquetipo y como fuerza creadora; porque todo ha sido creado a su imagen y por medio de Él; el Padre y el Hijo son uno. Como quiera que el Hijo está en el Padre y el Padre en el Hijo en virtud de la unidad y fuerza del Espíritu, el Hijo de Dios es el Pensamiento (Nus) y la Palabra (Logos) del Padre. Si dado vuestro conocimiento superior os pluguiese preguntar qué significa la expresión Hijo, voy a contestar con breves palabras lo siguiente: Es lo Proto = Engendrado del Padre, no en el sentido de que haya sido hecho, puesto que Dios, siendo pensamiento eterno, tenía en sí mismo desde la eternidad la Palabra; porque nunca existe sin la Palabra, sino en el sentido de que ha salido del Padre para ser pensamiento arquetipo y fuerza creadora de todo lo corporal, lo cual al principio existía bajo la forma de masa natural, sin cualidad y sin vida, estando mezcladas las partes graves o pesadas con las leves. Con esto está de acuerdo el Espíritu profético: «El Señor—dice él—me ha engendrado para sus obras en el principio de sus caminos.» Pero si según nuestra doctrina existe también el Espíritu Santo, el cual aparece activo en los Profetas, y que es un flujo de Dios, emanado y volviendo hacia su origen como un rayo de sol, ¿no debe uno quedarse perplejo cuando oye que se acusa de ateísmo a personas que confiesan la existencia de un Dios Padre y de un Dios Hijo y de un Espíritu Santo, y demuestran que estos tres son potentes en la unidad y distintos en el orden? No obstante, la parte teológica de nuestra doctrina no se detiene ahí, sino que enseñamos la existencia de un multitud de Angeles y Servidores, que Dios reparte y pone en diferentes lugares para que vigilen los elementos y los Cielos, el Mundo, las cosas del Mundo y el orden de éstas» (BKV, I, 26-28). Un claro testimonio de la fe en la Trinidad presenta Teófilo en los libros escritos para su amigo Autólico. En ellos leemos lo siguiente (II, 10; BKV, II, 37-39): «Nos enseñan ellos (los Profetas), en primer lugar y unánimemente, que Dios ha creado el Mundo de la nada. Porque nada existía junto a Dios, sino que Él mismo era su espacio, era en sí mismo suficientemente perfecto y existía antes de los tiempos. Pero quiso crear al hombre, para ser conocido por éste. Para el hombre preparó el Mundo. Porque el que ha sido hecho (el hombre) necesita de muchas cosas, mientras que el Eterno no necesita nada. Dios engendró, pues, con su sabiduría su Palabra, llevándola encerrada en su interior y haciendo que surgiese antes que todas las demás cosas. Dios se sirvió de esta Palabra como de medio en todos sus creaciones y creó todo lo que es por medio de ella. La Palabra se llama «Principio», porque es el principio y el señor de todas las cosas que han sido creadas por medio de ella. Esta Palabra, la cual es el Espíritu de Dios, el principio de todas las cosas, la sabiduría y la fuerza del Supremo, descendió sobre los Profetas y habló por medio de ellos las profecías relativas a la creación del mundo y las demás cosas. Porque los Profetas no existían cuando fué creado el mundo, mientras que la Sabiduría de Dios, que está en Él, y la santa Palabra de Dios, que habita eternamente junto a Él existían ya antes de la creación. Por esta razón dice por

medio del profeta Salomón: "Cuando preparó el cielo estaba yo junto a Él, y cuando asentó los fundamentos de la tierra, estaba yo junto a Él, ordenándolo todo yo también". Moisés, que existió mucho tiempo antes que Salomón, mejor dicho, la Palabra de Dios por medio de él en cuanto órgano, dice: "En el Principio Dios creó el cielo y la tierra". En primer lugar, habla del principio y del crear y pone a Dios en relación con ello. Porque no hay que pensar que Dios es un ser vago y vano. La sabiduría divina sabía de antemano que muchos hablarían vanamente, inventando la existencia de una multitud de dioses. Así, pues, para que el verdadero Dios fuese conocido en sus obras y para que se supiese que Dios ha creado con su Palabra el cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos, nos dice: "En el principio Dios creó el cielo y la tierra". Después de haber relatado la creación, continúa explicando: "La tierra era invisible y estaba desordenada, y sobre el abismo estaban las tinieblas, y el Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas". Esto es lo que enseña la Escritura en primer lugar, es decir, enseña que existe una materia original, creada por Dios, de la cual Dios ha hecho y formado el mundo.» Teófilo ha creado la expresión *Trias*. En el capítulo 15 del mismo libro (BKVII, 45 y sigs.) leemos lo siguiente: «En el día cuarto fueron creadas las luces del cielo. En virtud de su presciencia, Dios conocía las charlatanerías de filósofos insensatos, es decir, sabía que habrían de afirmar que todos los productos de la tierra deben su origen a los astros luminosos, para eliminar así a Dios. Por eso, y para que apareciese con toda claridad la verdad, las plantas y las semillas fueron creadas antes que los astros luminosos. Ahora bien: lo que ha sido creado en segundo lugar no puede producir lo que ha sido creado antes. No obstante, estas luces son expresión e imagen de un gran misterio. Porque el sol es la imagen de Dios, y la luna es la imagen del hombre. Y de la misma manera que el sol aventaja a la luna en fuerza y resplandor, así también Dios sobrepasa al hombre. Y lo mismo que el sol conserva siempre su disco entero, sin disminuir nunca, así también Dios es siempre perfecto; Él que está lleno de poder y de prudencia y de sabiduría y de inmortalidad y de todas las excelencias. Por el contrario, la luna desaparece todos los meses y muere, por decirlo así—una imagen del hombre. Después vuelve a nacer y a crecer—una imagen de nuestra futura resurrección. De este modo, los tres días que precedieron a la creación son una imagen de la Trinidad: de Dios, de su Palabra y de su Sabiduría. La imagen cuarta es la del hombre, el cual necesita la luz, de modo que existen: Dios, su Palabra, su Sabiduría, el hombre...» San Justino el Mártir (muerto en 165) escribe en su Apología, 6; BKV, I, 16: «Nosotros no negamos la existencia del Dios verdadero, del Padre de la justicia, de la castidad y de las demás virtudes, que no tiene nada de común con la maldad. A Él y a su Hijo que procede de Él y que nos lo ha enseñado, y al ejército de los otros Angeles buenos que le siguen y se parecen totalmente a Él y al Espíritu de la anunciación de Dios les veneramos y les adoramos, rindiéndoles homenaje en el espíritu y en la verdad; y a todos los que están dispuestos a aprender les comunicamos sin envidia nuestra doctrina.» En la Apología segunda escribe el mismo autor (cap. 5, respectivamente, 6; BKV I, 89 y sigs.): «El Padre del universo no tiene nombre alguno, puesto que no ha sido engendrado. Porque si alguien recibe un nombre, el que da el nombre es anterior a él. Padre, Dios, Creador, Señor y Soberano no son nombres; son sólo títulos derivados de sus beneficios y obras. Por

el contrario, su Hijo, sólo del cual se puede decir en sentido estricto que es Hijo, el Logos, que estaba en Él antes de toda la creación y que ha sido engendrado cuando lo creó y ordenó todo en el principio por medio de Él, se llama Cristo, porque ha sido ungido y porque Dios lo ha ordenado todo por medio de Él, un nombre que encierra también un concepto incomprendible, lo mismo que la expresión Dios no es un nombre, sino la idea de un ser inexplicable, idea innata en la naturaleza humana.» San Justino, lo mismo que Atenágoras, hablan de tres Personas divinas y de los Ángeles; con ello no afirman que los Ángeles y tres Personas sean seres de igual categoría, proponiéndose solamente rechazar con toda energía la acusación de ateísmo. San Ireneo (muerto en 202) expone lo siguiente (*Contra las Herejías*, III, 6, 4): «Yo también te invoco, Señor Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob y de Israel a ti que eres el Padre nuestro Señor Jesucristo, ¡oh Dios, que te has revelado benévolamente a nosotros en virtud de la grandeza de tu misericordia, que has hecho la tierra y el cielo, tú Señor supremo, Dios único y verdadero, por encima de quien no existe Dios alguno, haz que domine en nosotros el Espíritu Santo por medio de nuestro Señor Jesucristo, permite que lleguen a conocerte todos los que lean este libro; haz que conozcan que sólo tú eres Dios, que se fortalezcan en ti, que abandonen todas las intenciones heréticas, impías y sacrílegas!» (BKV, I, 221). El mismo San Ireneo enseña también lo siguiente: «El nombre de Cristo designa al que unge, al que es ungido y la unción misma en que éste es ungido. Ha ungido el Padre, ha sido ungido el Hijo en el Espíritu Santo, el cual es la unción, según las palabras de Isaías, que dice: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ha ungido." Con ello se refiere al Padre, que unge; al Hijo, que es ungido, y al Espíritu de la unción.» (III, 18, 3; BKV, I, 288). En otro lugar leemos: «No podemos, pues, conocer a Dios en toda su grandeza, puesto que nadie es capaz de medir al Padre. Pero en su amor, que nos conduce por medio de la Palabra hasta Dios, llegaremos a comprender cada vez mejor, en caso de que le obedezcamos, que Dios es inmensamente grande y que de por sí mismo lo ha decidido, elegido y adornado todo, y que abarca todo lo que es. Por consiguiente, también el mundo de aquí abajo. Y entre las cosas que abarca hemos sido creados también nosotros. Sobre este punto dice la Sagrada Escritura: "Y Dios formó al hombre, tomando barro de la tierra, e infundió en su semblante el hálito de la vida." No son, pues, los Ángeles los que nos han hecho, ni nos han formado, ni podían hacernos según la imagen de Dios, ni alguien otro que no sea la Palabra de Dios, ni ninguna fuerza cualquiera que estuviese alejada del Padre del Universo. Y Dios no necesitaba tal ayuda para hacer lo que había decidido en sí mismo, como si el mismo no dispusiese de manos. Porque siempre están junto a Él la Palabra y la Sabiduría, el Hijo y el Espíritu, por medio de los cuales y en los cuales ha creado todo lo que es, con voluntad y decisión libres. A ellos se dirige cuando dice: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza"; tomando de sí mismo la substancia de las criaturas, y su idea y forma real y hermosa» (LV, 20; 1; BKV, II, 385). A continuación se halla el siguiente texto: «De por sí mismo el hombre no ve a Dios. Pero cuando Dios quiere, es visto por los hombres, a quienes permite que le vean, cuándo y cómo deseen. Porque Dios lo puede todo. En otros tiempos fué visto proféticamente en el Espíritu; más tarde, por medio de su Hijo, como

corresponde a hijos adoptados; por fin, será visto como Padre en el Reino de los cielos. Porque el Espíritu prepara al hombre en el Hijo, el Hijo le conduce hasta el Padre, y el Padre le regala la incorruptibilidad para la vida eterna, la cual toca en suerte a los hombres por haber visto a Dios. Porque así como los que han visto la luz están en la luz y participan de su resplandor, del mismo modo, los que ven a Dios están en Dios y participan de su gloria. Esta gloria les comunica vida, porque reciben la vida todos los que ven a Dios. De esta manera se hace visible el Inconcebible, el Incomprensible y el Invisible, comprensible y concebible para los creyentes, para que reciban la vida los que le captan y ven por medio de la fe. Porque del mismo modo que su grandeza es inescudriñable, así también es inefable la bondad por medio de la cual se deja ver y comunica la vida a los que le ven. Porque no se puede vivir sin la Vida. Ahora bien: la subsistencia de la vida proviene de la participación en Dios. Participar en Dios quiere decir ver a Dios y disfrutar sus bienes» (IV, 20, 5; BKV, II, 386 y sigs.). Lo mismo enseña San Ireneo en la obra titulada *Explicación de la predicación apostólica*: «Este es el justo orden de nuestra fe, el fundamento del edificio y el aseguramiento del camino: Dios el Padre, increado, infinito, invisible, un solo Dios, creador del Universo. Esto, primeramente, es el principal capítulo de nuestra fe. El segundo capítulo principal es la Palabra de Dios, el Hijo de Dios, Cristo, nuestro Señor, que se ha aparecido a los Profetas según la forma de sus predicciones y según los designios de la providencia del Padre, Él, por medio de quien ha sido hecho todo lo que es. Al fin de los tiempos se hizo hombre entre los hombres, para consumarlo todo perfectamente, se hizo visible y corporal para vencer a la muerte y para mostrar la vida y para establecer comunidad y paz entre Dios y los hombres. El tercer capítulo principal es, a continuación, el Espíritu Santo, por medio del cual han profetizado los Profetas, los Padres han enseñado las cosas divinas, los justos han progresado por el camino de la justicia, y el cual en la plenitud de los tiempos ha sido de nuevo derramado sobre los hombres, en toda la tierra, volviendo a crear a los hombres para Dios. Por eso nuestra regeneración en el bautismo se verifica por medio de estas tres doctrinas, en tanto que el Padre nos perdona para que renazcamos por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que han recibido y llevan el Espíritu Santo son conducidos a la Palabra, es decir, al Hijo. El Hijo, por su parte, les conduce al Padre y el Padre les hace participar en la incorruptibilidad. Por consiguiente, sin el Espíritu no se puede ver la Palabra de Dios, y sin el Hijo nadie puede llegar hasta el Padre. Porque el Hijo es la sabiduría del Padre. Ahora bien: el conocimiento del Hijo de Dios (se obtiene) por medio del Espíritu Santo; y el Hijo, por su parte, en tanto que dispensador, comunica el Espíritu Santo, según la benevolencia del Padre, a aquellos a quienes ha de ser comunicado de acuerdo con la voluntad del Padre y como el Padre lo desee» (1, 1, 6 y sigs.; BKV, II, 588 y sigs.).

c) Novaciano de Roma (muerto en el siglo III; *Sobre la Trinidad*, 31) expone lo siguiente: «Es, pues, Dios Padre el fundador y creador de todos los seres. Él sólo carece de todo origen. Él es el Dios invisible, inconmensurable, inmortal y eterno. Yo sería incapaz de nombrar algo que sobrepasase su grandeza, majestad y poder, o que pudiese ser comparado con ellas. De Él ha nacido... la Palabra en tanto que ésta es su Hijo... Ningún Apóstol y ningún Profeta ha experimentado el misterio de su nacimiento

santo y divino. Ningún ángel ha llegado a saber lo que es ese nacimiento y ninguna criatura le conoce: sólo le conoce el Hijo, ante quien están patentados todos los misterios de Dios. El Hijo, pues, ha sido engendrado por el Padre, siempre en el Padre. Digo "siempre" no para designar que no ha nacido, puesto que efectivamente ha nacido. Pero del que existe antes de los tiempos se debe afirmar que está siempre en el Padre. No se puede afirmar nada temporal del que existe antes de todo tiempo... Dios procede de Dios, una segunda Persona, y hace las mismas obras que el Padre: el Hijo. Pero Éste no causa perjuicio alguna al Padre; porque efectivamente no hay más que un solo Dios» (K. Schlütz, *Das Zeugnis der Urkirche*, 1936, 40 y sigs.). San Lactancio (siglos III-IV): «Dios quiere ser conocido y venerado por medio de Cristo... Esto no debe ser entendido en el sentido de que hubiese en Dios una dualidad. Porque el Padre y el Hijo son uno. El Padre ama al Hijo y le comunica todo, y el Hijo cumple fielmente la voluntad del Padre, sólo quiere lo que el Padre quiere. Por eso no se debe descomponer esta natural inseparabilidad. No se puede decir que son dos los seres en los cuales la esencia, la voluntad y la fidelidad son únicas. Por consiguiente, el Hijo es por medio del Padre, y el Padre es por medio del Hijo. A los dos se les debe adoración única en tanto que son un solo Dios» (Extracto tomado de las *Instrucciones divinas*, 44; BKV, 182). Tertuliano (muerto después del año 220) ocupa un lugar importante en el testimonio de la Trinidad anterior al Concilio de Nicea. En su libro *A Praxeas* escribe lo siguiente: «La unión del Padre con el Hijo y del Hijo con el Consolador se manifiesta en tres (Personas) que dependen mutuamente la una de la otra, debiendo observar que la una procede de la otra» (25). Tienen «la misma sustancia, el mismo estado y el mismo poder» (2). El Logos era realidad y persona antes de que el mundo fuera creado. Pero sólo al ser creado el mundo se consumó su nacimiento, pasando Él mismo a ser Hijo de un modo perfecto. El Padre tiene la plenitud de la divinidad, el Hijo tiene solamente una parte de ella. Por eso puede decir el Hijo: El Padre es mayor que yo (7, 9). El Hijo procede del Padre del mismo modo que el rayo solar procede del sol» (13; Altaner, *Patrologie*, 1938, 94).

Los textos precedentes demuestran de diferente manera que, según la doctrina patrística, la Trinidad no es una especulación que flotase por encima de los hombres, careciendo de importancia para la consumación de la fe; antes al contrario, es una realidad con la cual el fiel se encuentra siempre en comunicación de la fe; es una realidad que determina el sentido de esta vida. Efectivamente, no podía menos de ser así. Como ya expondremos en otro lugar, la existencia cristiana consiste en la comunidad del hombre con el Padre, operada por Cristo en el Espíritu Santo.

2. En la Teología prenicena—en Tertuliano y en Hipólito, especialmente—se encuentran giros subordinacionistas sobre la relación que media entre el Hijo o el Espíritu Santo y el Padre, giros que parecen presuponer que la segunda y la tercera Personas se

hallan subordinadas a la Primera (el Padre es simplemente Dios, el Hijo es Dios de una manera atenuada); en otros pasajes se afirma que la generación es una producción voluntaria verificada en vista a la creación del mundo. Para explicar esto se debe distinguir entre los Padres (apologistas) en tanto que son testigos de la Revelación, y sus especulaciones teológico-filosóficas. Bajo el primer punto de vista enseñan unánimemente la fe en las tres Personas y su verdadera divinidad. Bajo el segundo punto de vista no pueden compaginar la Trinidad y la unidad, la diversidad y la identidad, incurriendo por eso en ideas oscuras e inexactas y empleando giros correspondientes. El hecho de que hacen suyas la teoría del «logos endiathecos» y del «logos prophorikos» demuestra que las inclinaciones subordinacionistas se hallan en la esfera de la comprensión especulativa y no en la esfera de la confesión de la fe. Según San Justino y Atenágoras, Teófilo, Tertuliano e Hipólito, el Logos existía desde la eternidad en el Padre, siendo la razón y la sabiduría. Para llevar a cabo la obra de la creación ha salido del Padre como Persona independiente, pero sin ser criatura.

Además, la Escritura misma parece indicar cierta subordinación de la segunda y tercera Personas en muchos de los textos que se refieren al Logos encarnado (p. ej.: el Padre es mayor que yo), así como en la doctrina relativa a las procesiones divinas. En realidad, tales enunciados o se refieren a la naturaleza humana en la que Cristo es una criatura del Padre, o testifican que la segunda y tercera Personas divinas poseen, en virtud de su procesión, la naturaleza divina común a ellas y al Padre. Pero no es cosa fácil exponer este estado de cosas con tanta claridad que no surja una apariencia de subordinacionismo.

Esta dificultad se funda en el inescrutable y misterioso carácter de la fe trinitaria. La razón humana no puede establecer entre la trinidad y la unidad tal equilibrio que no se destaque tan pronto la una, tan pronto la otra. Por otra parte, el lenguaje humano no puede expresar el misterio de tal modo que el acento no recaiga o sobre la unidad o sobre la trinidad. Por consiguiente, cuando uno de estos elementos—bien sea la unidad, bien sea la Trinidad—queda relegado a segundo plano, no se trata necesariamente de una deformación herética del misterio. Sólo se da un caso de herejía cuando se niega formalmente la unidad o la trinidad, enseñando parcialmente que sólo existe uno de esos elementos; no implicando la existencia de una actitud herética la representación o expresión imperfecta de la unidad o, respectivamente, de la trinidad. Imper-

fecciones así, en el modo de pensar o de expresarse, son las que encontramos en las doctrinas subordinacionistas anteriores a la heréjia formal del subordinacionismo defendido por Arrio (véase el siguiente párrafo).

Estos «subordinacionistas» prearrrianos acentúan demasiado una idea trinitaria de por sí correcta. Para comprender su actitud conviene tener en cuenta que el espíritu humano, al no poder ver en unión perfecta la unidad y la trinidad, se ve precisado a contemplar en primer lugar o bien la unidad o bien la trinidad, dirigiendo después la mirada hacia la trinidad o, respectivamente, hacia la unidad. En la historia de la fe trinitaria encontramos efectivamente esta diversidad de aspectos, de puntos de vista. La Teología griega, especialmente la prenicena, y en la época postnicena, la de los capadocios, tiene a la vista, en primer término y por regla general, las tres Personas divinas, mientras que la Teología occidental, cuyo principal representante es San Agustín, dirige la mirada hacia la unidad, en primer lugar. La primera va desde la trinidad a la unidad; la segunda toma la unidad como punto de partida y va hacia la trinidad. A la primera se la llama punto de vista «griego»; a la segunda, punto de vista «latino», aunque hay escritores latinos (p. ej.: San Hilario de Poitiers) partidarios del modo de ver «griego», al mismo tiempo que teólogos griegos (p. ej.: San Atanasio) adoptan el modo de ver «latino». El punto de vista «griego» considera al Padre como el centro de la unidad de Dios; el punto de vista «latino» la considera fundada en la unidad de la esencia y garantizada por ésta. Según el modo de ver griego, el Dios uno del cual da testimonio el Antiguo Testamento, es la primera Persona; de Él afirmará el Nuevo Testamento que tiene un Hijo y que, junto con el Hijo, produce la tercera Persona divina, el Espíritu Santo. Como ya expusimos en otro lugar, esta interpretación de la Escritura corresponde exactamente al estado de cosas que encontramos en los textos neotestamentarios (párrafo 44, 5). La interpretación «griega» de la Trinidad se funda, efectivamente, en la Escritura. Además, puede alegar en su favor casi todo el lenguaje litúrgico, en el cual todas las oraciones van dirigidas a Dios, el Todopoderoso, por mediación de Cristo en el Espíritu Santo.

Sólo después de que el subordinacionismo herético abusó del lenguaje de la Sagrada Escritura, hubo que buscar otro fundamento de la unidad en la Trinidad.

La Filosofía ofreció sus servicios a la Teología. El subordinacionismo alegaba que el Padre es simplemente Dios, mientras que



el Hijo y el Espíritu Santo lo serán en grado inferior. Frente a esta afirmación, la Teología, sirviéndose de reflexiones filosóficas, fundamentó la unidad de Dios en la unidad de la esencia divina. Esta idea ha predominado en la Teología occidental. Sin duda alguna, se adaptaba mejor al modo de pensar del Occidente.

No ha de ser considerado como un enturbiamiento de la conciencia protocristiana de la fe el hecho de que algunos Padres empleen no sólo fórmulas imperfectas, o por lo menos desacostumbradas entre los teólogos occidentales, sino también teorías erróneas, siendo éste el caso en el «Pastor de Hermas», que identifica al Hijo con el Espíritu. En lo que se refiere a Orígenes, conviene observar que San Jerónimo le acusa de defender el subordinacionismo. San Gregorio Taumaturgo y San Atanasio, lo mismo que algunos investigadores modernos (Régnon, Prat, Lubac) afirman que su doctrina es absolutamente correcta. A. Ehrhard, (*Urkirche und Frühkatholizismus*, 1935, 243) emite el fallo siguiente: «La doctrina sobre el Logos de Orígenes constituye un paso decisivo hacia adelante en comparación con la de sus predecesores; pero esa doctrina presenta dos aspectos, uno de los cuales afirma con toda claridad la plena divinidad del Logos e Hijo de Dios, mientras que el otro tiende a considerarle como Dios secundario, como miembro intermediario que se halla entre lo increado y lo creado.» Este segundo punto de vista es el que adoptó Dionisio, Obispo de Alejandría y antiguo discípulo suyo, en la lucha contra el sabelianismo, habiéndole movido a emprenderla preguntas que le habían dirigido los Obispos de la Pentápolis. En sus respuestas emplea expresiones (el Hijo es una criatura del Padre) y comparaciones (el Hijo se distingue del Padre como la vid del vinicultor, como el barco de su constructor) que hacia el año de 262 fueron motivo de que fuese acusado de herejía ante el Papa Dionisio (259-68). Se han perdido los documentos de esta disputa, exceptuando unos pocos fragmentos. Es en todo caso cierto que Dionisio de Alejandría rectificó sus defectuosas expresiones y comparaciones, al adoptar las explicaciones del Papa Dionisio, según las cuales el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo constituyen una unidad (monas), y no está permitido hacer de ellos tres divinidades. «Orígenes ha creado la expresión *homousios*» (consustancial).

3. Por consiguiente, las decisiones del *Concilio de Nicea* (325) con su doctrina de la consustancialidad del Padre y del Hijo, así como las decisiones del *Concilio de Constantinopla* (381), con su

doctrina de la consustancialidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, son un desarrollo consecuente y una estructuración lingüística más clara de la conciencia prenicena de la fe, carente aún de exactitud científica. El primer decreto del Concilio niceno iba dirigido contra Arrio, el cual afirmaba que el Hijo no es Dios en sentido estricto y verdadero, sino solamente la principal y más noble criatura procedente del Padre; el segundo decreto en el Concilio va dirigido también contra Macedonio, que afirmaba que el Espíritu Santo es una creación del Hijo (véase el texto de las decisiones en el § 43, 3).

4. Como ejemplo de doctrina trinitaria postnicena, plenamente desarrollada, citemos aquí un texto del Papa León *el Grande* (440-461). Se halla en un sermón, hecho que demuestra hasta qué punto la conciencia de la fe estaba compenetrada por el conocimiento de la realidad trinitaria de Dios, y que pone de manifiesto que en aquellos tiempos se percibía vivamente la actividad redentora de las tres Personas divinas (*Sermón LXXV*, 3-5; BKV, II, 215): «Queridísimos míos: bien que el modo y la manera de aquel acontecimiento (el día de Pentecostés) fuese sobremanera admirable, no pudiéndose dudar de que en aquella subitánea capacidad de hablar los lenguajes de todos los pueblos se reveló el poder majestuoso del Espíritu Santo, deberemos guardarnos de creer que mostró su esencia divina en aquello que se veía con los ojos corporales. Con ello, su naturaleza invisible, que comparte con el Padre y el Hijo, manifestó, según su beneplácito, una actividad especial de la Gracia por medio de un signo perceptible por los sentidos, mientras que esa naturaleza mantenía oculta bajo la divinidad su propia esencia. El hombre no es capaz de ver ni al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, porque en la divina Trinidad no hay nada semejante, nada desigual. Todas las ideas relativas a su esencia se refieren a la misma fuerza, a la misma majestad y a la misma eternidad. Aunque considerado como Persona, el Padre sea distinto del Hijo y del Espíritu Santo, su naturaleza y divinidad es, no obstante, idéntica. Aunque el Hijo unigénito proceda del Padre, y que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo, no ha de ser entendido esto en el mismo sentido que lo afirmamos de las criaturas, las cuales han sido creadas por el Padre y por el Hijo, sino en el sentido de que es una esencia que vive y gobierna junto con los dos. Desde la eternidad su naturaleza es la misma que la del Padre y la del Hijo. Por eso dijo el Señor a sus discípulos cuando les prometió la venida del Espíritu Santo, el día que precedió a su pasión: Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis entenderlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer... Por consiguiente, el Padre no tiene nada que no posean también el Hijo y el Espíritu Santo. Todo lo que posee uno, lo poseen también los otros. Desde la eternidad se da en la Trinidad esta comunidad; porque en ella este común poseerlo todo se confunde con su eterno ser. No se debe pensar que en la Trinidad hay edad, rango y otras diferencias. Si nadie puede atreverse a afirmar lo que

es Dios, nadie tampoco deberá atreverse a decir lo que Dios no es; porque sería más disculpable hablar con expresiones inconvenientes de la esencia de la Trinidad, que el atribuirle propiedades que estén en contradicción con ella. Por consiguiente, todo lo que los corazones piadosos puedan comprender de la gloria inmutable del Padre, ha de ser creído sin distinción y simultáneamente del Hijo y del Espíritu Santo. Decimos, por eso, que la santa Trinidad es un solo Dios porque en sus tres Personas no hay diferencias de esencia, de poder, de voluntad y de actividad. Del mismo modo que acusamos a los seguidores de Arrio de hacer cierta distinción entre el Padre y el Hijo, así también luchamos contra los seguidores de Macedonio. Estos atribuyen al Padre y al Hijo la misma naturaleza, pero afirman que el Espíritu Santo es un ser de esencia inferior. Al proceder así olvidan que se hacen culpables de una blasfemia que no será perdonada aquí en la tierra ni ante el tribunal futuro, según las palabras del Señor: Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo no será perdonado ni en este siglo ni en el venidero. El que persista, pues, en esta herejía impía no obtendrá nunca el perdón, puesto que se aparta de Aquel por medio del cual podría llegar a una confesión. Nunca encontrará la Salud por medio de la remisión el que carece de un abogado capaz de protegerle. Él es el que hace que se derramen las lágrimas de los arrepentidos; Él produce los gemidos de los que imploran el perdón. Y nadie puede decir: Señor Jesús, sino es en el Espíritu Santo. Que Éste comparte la omnipotencia con el Padre y el Hijo, siendo la divinidad una sola, lo enseña claramente el Apóstol cuando escribe: Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos.

Queridísimos míos: estos y otros dichos, por medio de los cuales la doctrina divina os habla con tanta claridad en pasajes innumerables, nos han de excitar a la veneración unánime de la fiesta de Pentecostés. Hemos de alegrarnos en honor del Espíritu Santo, que llena la Iglesia católica con su santidad y que se acerca a las almas de todos los que tienden hacia la sabiduría, que nos infunde la fe y nos enseña todo lo que se puede saber, que es la fuente del amor, el sello de la castidad y el fundamento de todas las virtudes. Alégrense los corazones de los creyentes de que las lenguas de todo el mundo confiesen y alaben al Dios único, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.»